

Sáb

8 Ago

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Vosotros sois la sal de la tierra”

Introducción

Hoy la Iglesia, y la Familia Dominicana, celebra la solemnidad de [Santo Domingo de Guzmán](#), fundador de la Orden de los Predicadores, conocidos como dominicos y dominicas: frailes, monjas, hermanas, miembros de institutos seculares y fraternidades sacerdotales y laicales.

Han pasado 8 siglos, y Domingo, con su Familia Dominicana, sigue predicando como **“sal de la tierra y luz del mundo...”** (Mt 5,13ss).



Fray Carmelo Preciado Medrano O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sion: «Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sion. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Sal 95, 1-2a. 2b-3. 7-8a. 10 R/. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del nombre del Señor. R/. Decid a los pueblos: «El Señor es rey: él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente». R/.

Segunda lectura

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 1-8

Querido hermano: Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mi, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». «No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

Comentario bíblico

Os ofrecemos únicamente los comentarios bíblicos de la primera lectura y del Evangelio de los que ofrecemos hoy como posibles para la Solemnidad de Santo Domingo:

1ª Lectura: Isaías (52,7-10): Los pies del mensajero de paz

Este es un himno que el profeta, quien sea, porque estamos leyendo el Deuteroisaiás, compone porque en su mente aparece un mensajero que trae los pies cansados. Pero son esos pies, benditos, los que traen la gran noticia, al pueblo, a la ciudad a Sión: paz, salvación. Más aún: Dios reina. Cuando Dios reina todo es distinto. Los reyes de este mundo no saben reinar, porque no son capaces de sellar la paz. Cuando lo han hecho ha sido una paz a medias, no dilatada en el tiempo y en la eternidad. Es eso lo que el profeta proclama ahora a Sión que ha pasado por lo peor. Jerusalén será liberada, el profeta es el vigía del mensajero que llega, un mensajero idílico de la victoria de Dios.

Evangelio: Mateo (5,13-16): Sal de la tierra y luz del mundo

III.1. El evangelio de Mateo, hoy, prosigue el sermón de la montaña con dos comparaciones -no llegan a parábolas-, sobre el papel del cristiano en la historia: la sal de la tierra y la luz del mundo. Todos sabemos muy bien para qué es la sal y cómo se degrada si no se usa. De la misma manera, desde las tinieblas, todos conocemos la grandeza de la luz, del día, del sol. Probablemente son de esas expresiones más conocidas del cristianismo y de las más logradas. En los contratos antiguos se usaba la sal como un símbolo de “permanencia”. Ya sabemos que la sal conserva las cosas, los alimentos... y era un signo de la Alianza en el ámbito del judaísmo por ese sentido de la fidelidad de Dios a su pueblo y de lo que Dios pedía al pueblo. Entonces entenderemos muy bien el final de la comparación: “si la sal se vuelve sosa”... hay que tirarla. Pierde su esencia. No olvidemos que esta comparación viene a continuación de las bienaventuranzas y por lo

mismo debemos interpretarla a la luz de la fuerza de las mismas. El cristiano que pierde la sal es el que no puede resistir viviendo en la opción de las bienaventuranzas.

III.2. La luz del mundo, y la ciudad en lo alto del monte... tienen también todo su sabor bíblico. Sobre la luz sabemos que hay toda una teología desde la creación... Pero también se usa en sentido religioso y se aplicaba a Jerusalén, la ciudad de la luz, porque era la ciudad del templo, de la presencia de Dios. Por eso “no se puede ocultar una ciudad”... hace referencia, sin duda a estos simbolismos de Jerusalén, de Sión, de la comunidad de la Alianza. El cristiano, pues, que vive de las opciones de las bienaventuranzas no puede vivir esto en una experiencia exclusivamente personal.. Es una interpelación a dar testimonio de esas opciones tan radicales del seguimiento de Jesús, de la fuerza del evangelio.

III.3. Con estos dichos del Señor se quiere rematar adecuadamente el tema de las bienaventuranzas. Efectivamente, esto que leemos hoy debemos ponerlo en relación directa, no solamente con el estilo literario de las bienaventuranzas, sino más profundamente aún con su teología. El Reino de Dios tiene que ser proclamado y vivido y el Sermón de la Montaña es una llamada global a llevarlo a la práctica. De la misma manera que la Alianza fue sellada en el Sinaí, después el pueblo está llamado a vivirla en fidelidad. La nueva comunidad que tiene su identidad de estas palabras del Sermón tiene que iluminar como una nueva Jerusalén, como una espléndida Sión. Ella misma es el templo vivo de la presencia de Dios, luz de luz. Y la comunidad, y el cristiano personalmente, deben estar en lo alto del monte, de la vida, de la historia, de los conflictos, de las catástrofes, no solamente para mostrar su fidelidad, sino para iluminar a toda la humanidad. Como los profetas soñaban de Sión.

III.4. Los que han hecho las opciones por el mundo de las bienaventuranzas han hecho una elección manifiesta: ser sal de la tierra y luz del mundo. Esto quiere decir sencilla y llanamente que las bienaventuranzas no es para vivirlas en interioridades secretas, sino que hay que comprometerse en una misión: la de anunciar al mundo, a todos los hombres, eso que se ha descubierto en las claves del Reino de Dios. Las bienaventuranzas, son un compromiso, una praxis, que debe testimoniarse. No puede ser de otra manera para quien se ha identificado con los pobres, con la justicia, con la paz. Eso no puede quedar en el secreto del corazón, sino que debe llevarnos a anunciarlo y a luchar por ello. Porque esto de ser sal de la tierra y luz del mundo se ha usado muchos para “santos” especiales; pero no deja de ser un despropósito... es sencilla y llanamente la identificación de la verdadera vocación cristiana. Todo cristiano está llamado a ser la sal de la tierra y la luz del mundo... aunque no llegue a esa santidad desproporcionada.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Hoy la Iglesia, y la Familia Dominicana, celebra la solemnidad de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, conocidos como dominicos y dominicas: frailes, monjas, hermanas, miembros de institutos seculares y fraternidades sacerdotales y laicales.

Cuando los castillos hacían Castilla, nació Domingo de Guzmán en torno a 1170, en Caleruega. Pasaría los primeros años como la mayoría de los niños, rodeado de juegos y aventuras y de sus padres y hermanos...

Pero pronto tuvo que tomar otros derroteros que le llevaron por horizontes diversos y que marcaron su vida: Gumiel de Hizán, como aprendiz de las primeras letras con un tío sacerdote; Palencia con su naciente universidad, donde se inició en el estudio y preparación para el sacerdocio, y de donde nos queda su historia de desprendimiento de un gran bien de ese tiempo, sus valiosos pergaminos, para ayudar a los necesitados; Burgo de Osma como canónigo y muy cercano a sus obispos (Martín de Bazán y Diego de Acebes)...

Y después otros horizontes, en otros reinos, acompañando a su obispo Diego de Acebes en una misión real por las tierras de Langedoc, en el sur de Francia, y que para Domingo fue su descubrimiento como predicador del Evangelio, ante las nacientes herejías de su tiempo con el catarismo. Desde su llegada a esas tierras sintió la necesidad de saciar el hambre de la palabra evangélica en quienes buscaban a Dios.

Junto con su obispo y todos sus acompañantes no cesaba de predicar el evangelio: “**qué hermosos sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva...**” (Is 52,7), “**contando a los pueblos las**

maravillas del Señor” (Sl 95).

Las andanzas de Domingo, buscando nuevos horizontes para el Evangelio, no se detuvieron; recorrió los caminos de la Europa y cristiandad medieval y se le fueron uniendo muchos hombres y mujeres que dieron lugar a la Orden de Predicadores.

Han pasado 8 siglos, y Domingo, con su Familia Dominicana, sigue predicando como **“sal de la tierra y luz del mundo...”** (Mt 5,13ss).

Enamorado de Dios no tuvo otra aspiración que *“la salvación de las almas”*; en particular aquellas caídas en las redes de los males de su tiempo; imitador de Cristo, encarnó radicalmente los consejos evangélicos uniendo a la proclamación de la Palabra el testimonio de una vida pobre. Bajo la guía del Espíritu Santo, avanzó por el camino de la perfección cristiana. En cada momento, la oración y el estudio fueron la fuerza que renovaron e hicieron siempre más fecundas sus obras apostólicas: *“hablaba con Dios o de Dios”*.

¿Qué nos dice hoy un santo como Domingo de Guzmán?

Juan Pablo II decía que *“los santos prácticamente nunca envejecen, ni se convierten en personajes del pasado, en hombres o mujeres del ayer”*. Al contrario, *“son siempre los hombres y mujeres del mañana”*, los hombres y mujeres del porvenir evangélico y de la Iglesia, los testigos del *“mundo futuro”*. Es decir, los santos son siempre actuales y aunque se realicen en unos tiempos y culturas determinadas, las trascienden de alguna manera y nos tocan a todos en ese nervio de eternidad que nos vertebra el alma. Nos dicen a todos “algo”, aunque nuestras circunstancias sean distintas a las suyas.

Por eso, celebrar la fiesta de un santo no es solamente un recuerdo del pasado. Implica también el compromiso con el presente y nos exige una respuesta sobre la fidelidad a la gracia que nos fue dada con tanta generosidad.

Domingo de Guzmán nos recuerda que en el corazón de la Iglesia debe arder siempre un fuego misionero, que empuja, como a él, a buscar nuevos horizontes en nuestras vidas, en nuestras relaciones humanas, en nuestros compromisos cristianos, donde estamos y donde vivimos... para llevar el anuncio del Evangelio: ¡es Cristo, de hecho, el bien más precioso que los hombres y las mujeres de todo tiempo y de todo lugar tienen el derecho de conocer y amar!

Y es consolador ver cómo también en la Iglesia de hoy son tantos los que, con alegría, comprometen su vida por este ideal: anunciar y dar testimonio del Evangelio, o con palabras dominicanas: *“contemplar y entregar los contemplado”*.

A Domingo de Guzmán se asociaron después otros, hombres y mujeres, atraídos por la misma aspiración de *“alabar, bendecir y predicar”*, mediante la oración, el estudio, la comunidad y la predicación.

Desde agosto de 1221, en que murió en la ciudad de Bolonia, han pasado muchos años..., 800 años en 2021... ¿Seremos capaces de seguir actualizando “con nuevos horizontes” su vida y carisma de predicación como testigos creíbles de la Palabra de Dios?

Hermanos, que la vida de Domingo de Guzmán nos empuje a todos, y más como Familia Dominicana, a ser fervientes en la oración, valientes en vivir la fe, profundamente comprometidos con Jesús. Y que, por su intercesión, pidamos a Dios que enriquezca siempre a la Iglesia con auténticos predicadores del Evangelio.



Fray Carmelo Preciado Medrano O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.